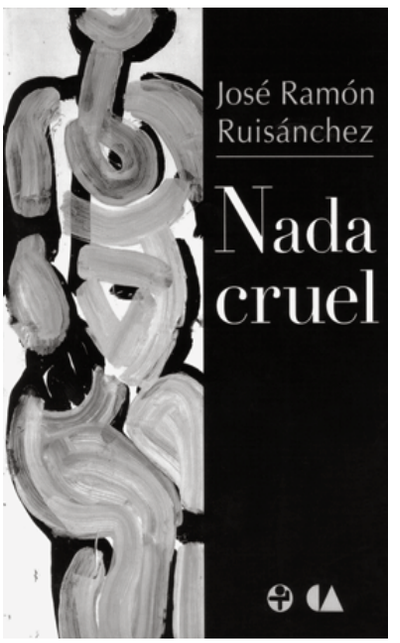
Palabras para llenar el vacío

Claudia Guillén

Vivir en la ciudad más grande del mundo puede significar muchas cosas. Algunos de sus habitantes percibirán su elocuente movimiento y diversidad; otros la conciencia de que en ella se albergan todo tipo de sentimientos y personajes, que van desde quienes deambulan en las avenidas en espera de conseguir algo para el taco, hasta los que pasean indiferentes a los demás y a los sonidos que de ella emanan. Quizá la opinión más generalizada es que se trata de una urbe que inspira en quienes la habitan un sentimiento confuso —y adictivo— de amor y de odio. Se le aborrece, pero se le ama; es imposible vivir en ella, pero la llevamos dentro adonde sea que vayamos. Sí, vivir en la Ciudad de México puede transformar la percepción de cualquiera, al grado de que abandonarla, ya sea de modo definitivo o temporal, para algunos es un anhelo que identifican con su crecimiento personal: salir del Distrito Federal, irse a respirar otros aires (o simplemente a "respirar aire"), pero no a cualquier sitio, sino de preferencia al país del norte, a los Estados Unidos. Esta pulsión de huida, búsqueda de un exilio voluntario, afecta a miembros de todas las clases sociales; no sólo a quienes pretenden cruzar la frontera sin documentos para experimentar un destino más bien incierto, sino también a aquellos jóvenes que se adentran en los mundos académicos norteamericanos que ofrecen la excelencia del conocimiento. Éstos no serán la carne de cañón de quienes tienen puesta la mira en los que llegan sin nada, y quizá su experiencia no variará mucho aunque consigan una beca para estudiar un doctorado en una prestigiosa universidad del Este: igual que los indocumentados, al partir cargarán con la memoria de la Ciudad de México y sus particularidades como una forma de subsistencia. Y aunque esta actitud no representa una regla, sí es posible considerarla una conducta más o menos común, como nos lo muestra la nueva novela de José Ramón Ruisánchez, *Nada cruel,* coeditada por Ediciones Era y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

José Ramón Ruisánchez cuenta con una basta experiencia como escritor. Aunque por edad pertenece a la generación de los escritores nacidos en la década de los setenta, él inició su trabajo creativo varios años antes que la mayoría de sus coetáneos. Al cumplir apenas los veintidós años, obtuvo el premio nacional Juan Rulfo de Primera Novela con *Novelita de amor y poco piano*, y pronto fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de otros estímulos para la creación literaria.



Asimismo, su sólida carrera académica lo llevó a vivir en el extranjero para realizar un doctorado, experiencia que, combinada con su oficio literario, dio pie a *Nada cruel*, donde además de las estructuras disímiles confluyen varios ejes temáticos: historias de amor y desamor, la preocupación constante por mostrarnos temas que incumben a quienes estudian literatura, la nostalgia, la muerte, una realidad distorsionada por el recuerdo que se alimenta del presente tomando pequeños gajos del pasado, la comida como un elemento más de la diversidad cultural, las lenguas que cada uno de los personajes conoce y mezcla con las de los otros. El resultado es un relato que se ubica en un ámbito universitario norteamericano, una suerte de "microciudad" que se distingue por la constante perturbación de sus pobladores, un campus verdaderamente universal donde se intercambian manifestaciones culturales, preocupaciones, pero sobre todo los desgarramientos emocionales de cada uno de los protagonistas.

Nada cruel es una novela distinta a las que estamos acostumbrados. En ella el autor intercala dos tonos narrativos que van del discurso lírico a una serie de diálogos dispersos que parecen querer llenar el vacío que ahoga a sus personajes. Este juego estructural convierte la lectura en un ejercicio de divagación, y al mismo tiempo le imprime realismo, pues toda conversación natural pasa de un tema a otro sin que haya reglas de por medio, una suerte de caos donde confluyen los pensamientos de quienes no quieren enfrentar de lleno sus miedos, sus demonios y a sus muertos. Sin embargo, el relato se complementa con fragmentos en los cuales el autor, a través de un narrador, nos describe con crudeza lírica

los pensamientos de quienes integran ese microcosmos.

Como apunté en líneas anteriores, la historia aborda varios temas. Uno es el de los hermanos que crecieron unidos por sus diferencias, Raúl y Santiago. El primero es quien rompe con todo, mientras que Santiago, el protagonista, toma de aquél lo que va quedando en el camino, emulándolo, pero siempre tratando de establecer su propia personalidad; así es como descubre la literatura, la música, el sexo. De igual forma, como en sus libros anteriores, Ruisánchez retoma las actitudes contrarias de los miembros de las parejas para establecer los conflictos que se dan en ellas hasta toparse con un desgaste que deja atrás el amor, transformándolo en desesperanza asumida: Ana y Santiago, Miguel y Kay, Claudia y Federico, Lucio y sus mujeres. Con ello, el autor pareciera decirnos que sí hay una esperanza en las relaciones, pero ésta siempre irá cambiando; es decir, las expectativas de uno y otro se modificarán a partir del trato, de la cotidianidad, del tiempo.

En *Nada cruel* las relaciones también se abordan a partir de la experiencia de quienes migran de un país a otro, y cómo, para sobrevivir, construyen una "microciudad" donde la comida se convierte en una forma de recordatorio y de homenaje a la tierra natal. La Ciudad de México en el caso de Santiago. Él y Ana toman un especial gusto por la gastronomía, y así comida y sexo van de la mano en el universo erótico que apuntala su pareja. El grupo de amigos que los rodean se vale también de largas comidas como pretexto para conversar acerca de los temas que los obsesionan: literatura, academia, relaciones de poder, adulterio.

Narrada de manera fluida, esta novela nos adentra en la manera en que se desenvuelven los habitantes del mundo moderno. Recrea el lenguaje contemporáneo y lo repite, y repite, como si con ello evitara el horror al vacío que, como recordaremos, fue una premisa fundamental del barroco. Es decir, *Nada cruel* demuestra que aún hoy existe una urgente necesidad de llenar la nada, y que sólo puede llenarse, acaso, con palabras.

El también autor de *Y por qué no tenemos otro perro* ha emprendido, desde sus inicios, una constante búsqueda para recrear ciertos espacios de la ciudad donde los seres tienden a volverse caóticos. Quizá por eso su lenguaje fluye velozmente, con tanta rapidez que el lector por momentos se queda con la imagen de un mundo inmerso en un caos que, sin embargo, permite visualizar a los personajes tal y como son: seres complejos, ondulantes; en ocasiones buenos, otras malos. Y la luna es el único testigo de sus alegrías y tristezas.

Estamos, pues, frente a un libro que cuenta varias historias a través de estructuras literarias que se intercalan con la docilidad de quien las domina. En ocasiones brutal, en otras cándida, salpicada con destellos de un humor refinado, dialéctica y culta, *Nada cruel* es una novela cuyos alcances deben intuirse entre líneas más que leerse de modo literal. En ella, José Ramón Ruisánchez ha echado mano de los recursos adquiridos a lo largo de su trayectoria para presentarnos una historia que, si bien por momentos parece deambular en lo inmediato e intrascendente o quizá por ello, constituye un reflejo exacto de las tribulaciones del hombre en el mundo contemporáneo, de nuestras contradicciones más profundas, de nuestra propia naturaleza.

José Ramón Ruisáchez, *Nada cruel*, Editorial Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2008, 196 pp.

Nada cruel demuestra que aún hoy existe una urgente necesidad de llenar la nada, y que sólo puede llenarse, acaso con palabras.